

aventurado pintaba en dicha tragedia su lastimosa situación; á saber, un viejo sin mas apoyo que el cariño de sus hijas, echado por hijos desapiadados, y forzado en la edad decrepita á mendigar en tierras extranjeras socorros vilipendiosos. Los jueces y el pueblo le llevaron hasta su casa triunfante en medio de aplausos tan grandes como bien merecidos. Sirvió empleos de República, embaxadas, y mandó en los exércitos al mismo tiempo que Pericles.

Veinte veces alcanzó el premio de la tragedia; y quando no consiguió este honor tuvo á lo menos el de ser nombrado en segundo lugar entre sus concurrentes; pero jamas le pusieron en el tercer lugar. No le faltaron, sin embargo, motivos para quejarse algunas veces de grandes agravios. De las tragedias suyas que han llegado á la posteridad, es la primera el *Edipo Rey*; harto superior en la elección del asunto, y en su desempeño, á la *Antigone* que con tanto entusiasmo premiaron los Atenienses. Sin embargo de esto no fue premiado el *Edipo*; y diéron el premio, que le correspondia, á un tal Filo-

cles, poeta obscuro y despreciable, y conocido únicamente por la rechifla que de él hace Aristófanes. La República nombraba los jueces para las composiciones dramáticas, y en vista de las injusticias que hicieron no solo á Sófocles, sino tambien á Eurípides, han supuesto que estos jueces se dexaban ganar por dinero: suposicion que podria muy bien ser calumniosa. Es verdad que los jueces hacían juramento de ser justos, pero no juraban tener gusto, ni se podia exigir de ellos este requisito, porque los sorteaban como los demas jueces de Atenas. Por otra parte, aun quando hubiera sido juez el pueblo en cuerpo, no por eso hubiera sido menor el número de juicios malos; pues es cosa harto difícil que el espectador no se dexé llevar de las situaciones teatrales, y del modo de representar de los actores. En fin, ya la muchedumbre fallaba por sí misma tumultuosamente, ya forzaba la decision de los jueces, y si esta era absurda la estimacion de los hombres de gusto era la que desagráviaba á los poetas agraviados.

Sófocles sobrevivió á Eurípides, que era mas mozo que él, y tomó luto por su

competidor, y no permitió que los actores que representaban una de sus tragedias saliesen con la corona que era parte de su traje.

Los sabios y los hombres de gusto han observado que las mas veces la exposicion de las tragedias de Esquilo es larga y embrollada, y vicioso el plan. En las de Sófo-cles la exposicion es corta, las mas veces empieza con ella la accion, la qual es tan sencilla que sucede en el teatro como sucedería en la realidad. No trata de dar á sus oyentes las sorpresas que ocasiona la complicacion de una novela puesta en drama: novela que llamamos verosímil quando no echa por tierra toda la verosimilitud; como si fuese natural que una sola persona, en el discurso de algunas horas, se hallase en una multitud de lances que le causan nuevos y nuevos embarazos, y le ponen en nuevos peligros, hasta que se terminan en una catástrofe tan poco natural como los peligros que la precedieron.

El arte que se llama trama, hoy *intriga*, acreditado entre los Españoles antes del renacimiento de los buenos estudios, fue re-

cibido y aplaudido en todos los teatros de Europa. Deberia reservarse este arte para la comedia de segundo orden; el primer lugar se le debe de justicia á la que pinta las costumbres y los caracteres, que es harto superior á la comedia de *intriga*. Los Griegos no conociéron este arte secundario; y creo que, aunque le hubiesen conocido, le hubieran desterrado de su teatro, porque efectivamente es contrario á la unidad de intereses, y á la fuerza de este interes que resulta de la unidad. Si, mientras que afectan mi corazon los sentimientos que quiere inspirar el poeta, mi atencion se reparte por la complicacion de la fábula, los esfuerzos que necesita hacer mi mente distraen mi alma de sus sensaciones, y tendré á un mismo tiempo dos intereses, el de la curiosidad y el del sentimiento, y este último pierde todo lo que el otro gana. La suerte de los heroes debe causarme toda la angustia necesaria para que tome parte en su infelicidad, y para tenerla con la mayor fuerza posible no debo tener otra. Para sentir esta angustia me basta verle infeliz, y que exhale las expresiones convenientes á su in-

fortunio. La eloquencia de las pasiones es la parte principal del arte; y los antiguos en todas las artes daban el primer lugar á la parte principal, que es siempre la mas difícil.

De todas las tragedias que tenemos de Sófocles, *Edipo Rey* es la única en que las revoluciones que experimenta el heroe pueden causar alguna sorpresa al espectador; pero estas revoluciones las dá de sí el asunto. Esta tragedia, la única del teatro griego que tiene algo de *intriga*, era sin embargo demasiado simple, á principios del siglo que acaba de pasar, para que se sufriera en el teatro Frances. El sucesor de Racine, para lograr que se representase, se vió forzado por los comediantes á doblar el cuello á la tiranía del uso, y á complicar su fabula con el papel impertinente de Filoctetes, de quien supuso enamorada á Jocasta antes de haber conocido á Edipo.

No es cierto que procura Sófocles representar á los hombres mayores de lo que son, porque esto seria sacarlos de su naturaleza, y privarlos del interes que tomamos por ellos porque se nos parecen; seria texer una novela nada verosímil, y presentar he-

roes que no serian hombres. Nos los representa tales como son quando son lo que talvez era el mismo autor, quando tienen grande espíritu y un ánimo brioso, capaz de resistir á los reveses, no exênto de todas las flaquezas, pero sí libre de todas las aficiones que degradan á los hombres. Como se nos parecen, aunque sean superiores á la mayor parte de nosotros, tomamos parte en sus sentimientos, y compadecemos sus infelicitades.

Como que introducía Sófocles hombres verdaderos, no podia menos de hacer que hablasen como hombres verdaderos. Desechó las expresiones hinchadas de Esquilo, y su estilo fue magnífico pero sencillo, noble pero dulce, mostrándose en esta parte digno imitador de Homero, y mereciendo que los Griegos le apellidasen *la Abeja*. A veces tomaba los asuntos de sus composiciones de los poetas cíclicos; pero alimentaba su ingenio con el ingenio de Homero.

El objeto principal del teatro trágico Griego como se nota desde luego en los dramas de Sófocles, era inspirar á los hom-

bres sentimientos de fortaleza contra los reveses de la fortuna, y de resignacion á los decretos del destino. Han dicho que los Atenenses, viviendo en un gobierno democrático, gustaban de ver representar en su teatro las faltas y las desventuras de los Reyes; pero es mas cierto que sus poetas les ponian delante las infelicidades de personas que poco antes habian subido al mas alto grado de fortuna, para mostrar lo variable que es el viento de la prosperidad, y que las mas veces parece que el destino ensalza á los hombres para derribarlos y precipitarlos desde mas arriba. Esquilo habia sacado la tragedia de su cuna á la sazón que la Grecia estaba amagada por la potencia de los Persas. Sófocles y Eurípides florecian en tiempo de la guerra del Peloponeso; fuéron testigos de la famosa peste que taló la Africa; veian Repúblicas enteras destruidas por la espada y por el fuego, ciudadanos deportados, aprisionados, vendidos como esclavos, degollados, ahogados, quemados, sin que hubiera en la Grecia persona ninguna que no tuviese por que temer igual suerte. El que, en medio de la abun-

dancia, gozaba de los favores de la fortuna y del encanto de las artes, podia verse mañana con los grillos en los pies, y sujeto á los caprichos de un señor altanero. La Grecia se habia convertido en un teatro de revoluciones, y, pudiendo qualquiera ser víctima de ellas, la tragedia inspiraba espíritu y brio contra las adversidades y desastres que amenazaban. El terror que causa la vista de grandes adversidades, la compasion que nos inspiran los que se ven en ellas; estos eran los afectos que movian las tragedias para embotarlos por el hábito; porque en tiempos calamitosos son mas insufribles estos sentimientos quando obran con toda su fuerza. Tuvo, pues, razon Aristóteles en decir que la tragedia de los Griegos, por medio del terror y de la compasion, purgaba estos dos afectos, esto es, les quitaba lo que tenian de extremados, con lo que nada mas hacen que agravar los males de la humanidad.

*Eurípides.*

Eurípides, en virtud de los monumentos que de su ingenio nos ha dexado, ocu-



pa un lugar preeminente entre los varones mas ilustres de Atenas. Era hijo de un bodegonero y de una verdulera, y nació el año tercero de la Olimpiada 63, 436 años antes de nuestra Era.

En nada perjudicó lo humilde de su nacimiento á su educacion. Es por demas decir que al principio se dió á los exercicios de la palestra, y que consiguió un premio en competencia de los atletas mozos compañeros suyos. Le habia dotado la naturaleza de un ánimo que no se satisfacía con la gloria que resultaba de la agilidad y de la fuerza corporales: y así fue que, pasando de las escuelas de gimnástica á otras mas dignas de su ingenio, tomó lecciones de filosofía en la de Anaxágoras, de retórica en la de Prodicó, y halló enseñanza, todavía mas provechosa, en el trato de Sócrates. Dicen que prendado de los atractivos de lo bello en todos géneros, se dió tambien á la pintura, y que habia en Megara quadros de su mano; pero tal vez habrán confundido con el poeta trágico algun pintor de su mismo nombre.

Empezó su carrera teatral á los 25 años,

y á los 18 si hemos de dar fe á Aulo Gelio: consiguió 15 premios, y tenia 43 años la primera vez que fue premiado. Esta época conocida me hace dudosa la de sus primeros ensayos dramáticos, y dificulto que Eurípides, habiendo hecho su primera tragedia á los 18 años, ó á los 25, hubiese permanecido tanto tiempo obscurecido en la carrera teatral. Los estudios de los Griegos eran largos; permanecian mucho tiempo en la clase de jóvenes, y por lo mismo valían mas quando eran admitidos en la de hombres.

Honrado por los que sabian hacer justicia al talento, y burlado por los poetas cómicos y por quantos tienen gusto en ridiculizar el mérito que los humilla, Eurípides pasó, como todos los que cobran fama en las letras y en las artes, una vida alternada de dulce y amargo; pero, como que era amigo del retiro, gozaba en silencio de su gloria, desatendiendo la rechifla y los silbidos de la envidia. Mas impresion le hizo una pesadumbre doméstica, qual fue la de sorprehender á su muger en adultério con un comediante; y sentido honda-

ménté de esta afrenta , dexó su patria , y buscó un asilo en Arquelao , Rey de Macedonia. Este Príncipe , amante de las letras y de las artes , se desahogaba del peso del reynar con el trato de los sabios y de los artistas. En la corte de este Príncipe murió Eurípides á los 77 años de su vida ; los Atenienses derramaron lágrimas por su muerte , y Arquelao le erigió un magnífico túmulo.

Eurípides , serio naturalmente , conservó todo el discurso de su vida el ayre de gravedad que Anaxágoras quiso que tuviesen sus discípulos. No se reia ; y miraba con el mas alto desprecio las bufonadas vituperables que se alimentan con el ridículo que puede haber en la virtud y en el mérito. Con su modo de vivir daba pábulo á su melancolía natural , de que tanto partido sacaba para su arte. Mucho tiempo despues de su muerte enseñaban en la isla de Salamina una caverna horrorosa en que era fama que habia compuesto parte de sus tragedias. Sabia que el hombre , superior á la materia como ser inteligente , es máquina como ente sensible ; y por eso empleaba , para sus aciertos , to-

do el mecanismo á que está sujeta la humanidad.

Su estilo está como empapado de la melancolía de su ánimo; y efectivamente, desde que se lee el primer verso de sus tragedias se siente una tristeza dulce. Esta tristeza tan agradable, y que no hay que confundir con el horror que cansa porque comprime dolorosamente, esta tristeza va creciendo al paso que se prolonga la lectura; y es obra de la armonía de los versos, que pone en movimiento las fibras nerviosas, llama la sensibilidad, hace que pruebe el ánimo sensaciones confusas, cuyo objeto no conoce, y que se convierten en afectos vivos y entrañables quando media un objeto que sea capaz de auxiliárlas. Este objeto, en los poetas trágicos, es la acción del drama; acción capaz, por sí misma, de mover afectos tristes; pero que ha sido preparada por la armonía, que la va acompañando siempre, y que hace que el enternecimiento suba hasta su último grado. Esta prenda de Eurípides, que le ha hecho el mas trágico de los Griegos, no se adquiere con el trabajo, que ha de ser don de la naturaleza. Otros dos poe-

ras le han tenido en supremo grado, á saber, Racine y Virgilio.

Conoció Eurípides que los actores de la tragedia son hombres apasionados, y no poetas, y que por lo mismo debe el poeta no manifestarse, y hacer que hablen en las situaciones en que los pone como hubieran hablado verosímilmente; y conforme á esto desechó de la tragedia todas las expresiones propias de la poesía sublime, con lo qual corregia el estilo, y le hacia tal qual debe ser. Sófocles dió principio á esta reforma necesaria; pero Eurípides se adelantó mucho mas en ella, empleando solamente términos usados en el modo de hablar comun; y poseyó en tan alto grado el arte difícilísimo de la versificación, que por el modo con que combinaba entre sí las palabras, con que las componía unas con otras, realzando con la dignidad de una la demasiada familiaridad de otra, daba nobleza á las expresiones menos nobles. Su estilo siempre es claro, armonioso siempre; y sus versos parecian muy fáciles, facilidad que era obra del mucho trabajarlos. Era muy diestro en manejar las pasiones, en penetrar con ellas á sus

espectadores, aventajándose principalmente en el arte de expresar los furores del amor, y de mover la compasion.

Los contemporáneos le acusaron porque habia introducido en el teatro Reyes miserables, vestidos de harapos, que iban por tierras extrangeras mendigando el sustento; pero en esto se echa de ver la crítica injusta y envidiosa que tan comun es entre contemporáneos. Pues era este un medio nuevo de afectar tristemente los ánimos y de mover su compasion, es claro que este medio pertenecia á su arte, y que debia emplearle.

Ya se ve que Eurípides era naturalmente tierno; pero como habia presentado en el teatro mugeres delinqüentes, como algunas veces habia tirado en sus versos á un sexô que, por su misma flaqueza y por la movilidad de sus nervios, está muy en proporcion para precipitarse en los mayores excesos: creyeron ó fingieron creer que aborrecia las mugeres. Esta imputacion era un amaño de la envidia que queria quitarle la mitad de sus admiradores para imponer, por este camino, silencio á la otra mitad. » Eurípides aborrece á las mugeres, decia Sófocles, pe-

ro solo es en sus tragedias." Como que era melancólico y tierno, no podia dexar de ser su carácter dominante la ternura; bien que algunas veces raya en sublime.

Ya que hemos particularizado sus bellezas, razon será que digamos algo de sus defectos; porque si, por una parte, dió al arte nuevos primores, por otra tiró á corromperle. Toquemos pues rápidamente los vicios de un poeta que inspira tanta ternura.

No es feliz en sus planes; y bastante á menudo falta á la verisimilitud, pues se conoce que en mil ocasiones trae de los cabellos los incidentes que debian salir del fondo mismo de la accion, y explicarse por sí mismos. Siempre que los sucesos nacen y proceden forzadamente, no puede menos de conocer el espectador que no asiste á una accion verdadera, y cesa el placer porque cesa la ilusion que le causa.

Una tragedia debe tener en sí misma su exposicion; pero Eurípides separó del drama la exposicion, é hizo una obra aparte. Ya es un dios el que desempeña el prólogo, y ya uno de los actores de la tragedia, que dice su nombre, relata su genealogía, po-

ne en noticia de los espectadores el asunto del drama , y á veces los previene acerca de los sucesos que van á presenciar. Lo que es muy extraño es que este defecto , tan grave á nuestros ojos , fuese bien recibido de los Atenienses , é hiciese fortuna en el teatro. Es verosímil que le adoptáron generalmente los sucesores de Eurípides , puesto que los poetas de la comedia nueva echáron mano á él , como si fuera un precioso hallazgo. Casi todas las comedias latinas tienen tambien su prólogo , porque los latinos fuéron en la comedia , no menos que en los demas géneros , imitadores , quando no copiantes de los Griegos. Con este motivo me ocurre una reflexiõn , y es la siguiente. Puesto que los Atenienses aprobáron que la tragedia fuese precedida de un poemita separado en que les dixesen el asunto de ella , y algunas veces su catástrofe , es claro que no hacian caudal ninguno de lo que llaman los modernos interés de curiosidad , y que solo querian que el poeta interesase sus sentimientos. En todo se nota la gran superioridad de los principios antiguos sobre los modernos.

Eurípides huele siempre á las escuelas de



filosofía y de retórica que habia frecuentado. Debiendo ser meramente poeta sensible, es demasiadas veces filósofo y retórico, pues interrumpe un diálogo apasionado con largas máximas de moral, y con discusiones filosóficas; y pone discursos oratorios y políticos en boca de personas que, por su estado, ni pueden ser políticos ni retóricos. Estos mismos defectos le han realzado mas para con los filósofos, y para con los oradores; pero no por eso dexan de ser defectos para las personas de gusto. No consiste la verdadera filosofía en desperdiciar raciocinios filosóficos, sino en hacer lo que viene al caso, en fortalecer el ánimo, y en enseñar que hasta las bellezas dexan de ser tales quando son despropositadas: ni es otra cosa la filosofía que la razon que lo pesa todo, que todo lo ordena, y que pone en su lugar cada cosa.

-o- Eurípides fue menos arreglado, menos perfecto que Sófocles; pero no fue inferior su talento, y aun poseyó en grado mas eminente el de mover y el de agradar. Habia recibido á manos llenas de la naturaleza las dotes que constituyen un poeta trágico: ¡oxa-

lá que no hubiera usado mal de ellas por el prurito de ostentar su eloqüencia y sus meditaciones filosóficas!

Esquilo, Sófocles y Eurípides son igualmente acreedores á nuestro respeto por títulos diferentes, fundados en las prendas características de cada uno. La elevacion fue el carácter de Esquilo; la perfeccion el de Sófocles; y el de Eurípides la sensibilidad. El primero admira: ¿qué digo admira? asombra con su altura gigánteá: el segundo se grangea la estimacion; el tercero tiene bastantes defectos, pero todos se le perdonan porque mueve y se hace amar.

*De los coros trágicos.*

Despues de haber hablado de los trágicos mas famosos de la Grecia, de aquellos cuyas obras han llegado á nuestras manos, no me parece que debo guardar silencio sobre el cargo que les hacen de haber conservado el uso de los coros. Convengo en que son justísimas las razones que se alegan en contra; confieso que es contrario á la verosimilitud que los actores de la tragedia

revelen los secretos de sus intereses y de sus pasiones á presencia de los cantores, que representan una muchedumbre numerosa, compuesta en parte de personas de un sexò que tiene fama de hablador. Pero ¿tenian en su mano los poetas el quitar esta parte, que se miraba entonces como esencial de la tragedia? ¿No era regular que hubieran levantado el grito diciendo que la tragedia habia principiado por el coro, y que suprimir este era destruir enteramente la tragedia? ¿No adelantaron bastante con hacer de él una parte accesoria, quanto á los principios habia sido la principal? Los coregos, que eran los comisionados nombrados por el estado para dirigir los coros, para ensayarlos competentemente, y para hacer los gastos necesarios con ellos, ¿hubieran permitido la representacion de tragedias sin coros? ¿No se hubieran hecho mas bien reos de no haber desempeñado las obligaciones que les imponia la ley? ¿Hubieran los espectadores tolerado hasta el fin la representacion de estas tragedias? Estando acostumbrados al canto de los coros, no hubiera sido bien recibido el poeta que hubiese querido hacer novedad en es-

ta parte, y privarles de la diversion del canto. Ultimamente la representacion de las tragedias era un acto de religion, y el coro era la parte mas antigua, y por consiguiente mas sagrada de este acto religioso. De aquí resulta que no estuvo en mano de los poetas la supresion de los coros; y por eso debemos darles mil elogios, si, ya que no pudieron esto, sacaron á lo menos de esta parte accesoria, tan incómoda, el mejor partido posible. Un poeta que compone en su gabinete, y lleva despues su composicion á los gabinetes de los lectores, es responsable de todas las partes de su obra: nada le prescriben, sus jueces lo son á sangre fria; y aun con todo esto será algunas veces mas ó menos esclavo del gusto dominante. Pero los poetas dramáticos que trabajaban baxo la inspeccion de los Magistrados, que estaban sujetos al gusto del público, y atados á fórmulas que este público, el uso y la religion les imponian, no deben ser responsables de las faltas de conveniencia que los obligaban á cometer, y que se habian hecho leyes del arte.

Como es dificultosísimo que un hombre

se sobreponga de todo punto al modo de pensar general de su tiempo, no extrañaría que los poetas de Atenas hubiesen participado del gusto que el público había tomado á los coros. Su amor propio, sin conocerlo ellos mismos, no podia dexar de excitarlos á gustar de un uso que les daba materia para exercitar de muchos modos el talento, ya con el diálogo natural y apasionado, y ya remontándose á lo mas sublime de la poesía lírica, y tal vez con la música; porque para mí es muy probable que los mismos poetas trágicos y líricos componian la música de sus obras, como que la música era uno de los requisitos esenciales de la educacion de los Griegos bien criados. Bien sé que los antiguos hacen mencion de cantores célebres y de instrumentistas famosos; pero nunca jamas nos dan idea de una clase aparte de músicos compositores.

Aun en esta suposicion de que se dexasen llevar del gusto dominante del pueblo, hallo que son disculpables, porque ¿cómo es posible contrarestar y vencer los errores del uso y los del amor propio? Acaso, aca-

so no debemos nosotros la supresion de los coros á otra cosa que á la miseria del teatro en sus principios, cuyos empresarios no tenian facultades para costearlos. Es cierto que Garnier los puso en sus tragedias; pero no pudieron inspirar entusiasmo en virtud de su estilo bárbaro, y de la pobreza y mezquindad con que se executáron. Si, por casualidad, al principio de nuestros espectáculos se hubieran introducido los coros con toda la magnificencia que requieren, acaso hubieran gustado tanto al público que no se hubieran podido suprimir despues, y el poeta que se probase hoy á suprimirlos tendria por que arrepentirse de su temeridad.

Los Atenienses honraron particularmente á estos tres poetas trágicos, levantándoles estatuas, y ordenando que en lo sucesivo no fuesen representadas sus tragedias por los comediantes, sino que cada año se leyese una de ellas por el Secretario de la República; y diéron esta ley á instancia del orador Licurgo, contemporáneo de Demóstenes, y por consiguiente de Filipo y de Alexandro. La decadencia del teatro de

Atenas coincide con esta época, y acaso fue causada, á lo menos acelerada, por la ley de Licurgo. Los artistas van á menos quando dexan de proponerse por émulos los mayores maestros: y como los modelos de estos fuéron excluidos desde entonces del teatro, los poetas que acometiéron la carrera teatral no tuviéron ya que medirse con ellos, y decayerón porque solo se comparáron con competidores miserables.

---

Este Mercurio y los demas que vayan saliendo se hallarán en el Despacho de la Imprenta Real; y en Cádiz en la de Don Manuel Navarro.

ARTICULOS CONTENIDOS

EN ESTE MERCURIO.

PARTE POLITICA.

*Noticias de este mes.* . . . . . 67

*Real Cédula sobre la tarifa de los servicios pecuniarios que han de hacer los que obtengan las dispensaciones de ley.* . . . . . 67

PARTE LITERARIA.

*Consideraciones sobre los tres poetas trágicos de la Grecia.* . . . . . 79









